

## LA VENTANA

Tres de la mañana, un libro y una taza de café. La primavera entra insolente por la ventana vistiendo la habitación de perfumes. La cortina besa con su blancura la brisa que le devuelve en suaves caricias su devoción. Las paredes blancas me cobijan en la cotidianidad del hogar y desde un rincón, Luana me mira, con su cuerpecito hecho una madeja negra de pelos lustrosos y ronroneo tibio.

La historia acaba y la soledad llega para hacerme compañía. Apago la luz. La acurruco en mis brazos, y comienzo uno de esos largos soliloquios de preguntas sin respuestas o respuestas que no alcanzan.

Pero esta vez, la noche me hace trampa. Me atrae al otro lado del ventanal. La miro desde el sillón. Está tan hermosa con su traje floral y su aire de renovación.

La calle desierta escoltada de paraísos es una escena con fragancia a paz.

De pronto lo vi. Alto, con un pantalón negro y encapuchado en una campera gris, demasiado abrigado -pensé. Un poco raro a esta hora, quizás algún trabajador yendo a una fábrica -especulé- pero no me preocupó -nada malo puede pasar en una noche tan hermosa-.

Otra vez la blanda penumbra invadió mis cinco sentidos. El murmullo de las ramas jugando con el viento me invitó a trepar en los sueños.

La melodía de la magia se rompió de pronto con un extraño ruido que parecía venir de la puerta de entrada.

Perezosamente me levanté, la abrí y nada. Sólo la mansa oscuridad apenas herida por un pequeño rayo de luna.

Un ramito de violetas que el aire había arrastrado hasta el umbral de la puerta me observaba tímido, como pidiendo permiso. Se le debe de haber caído en un momento de embeleso a alguna enamorada -deduje- y lo acuné en mi pecho.

Tomé un jarrón que hacía las veces de florero y me quedé hipnotizada por las gotas cristalinas que se deslizaban amablemente desde la canilla, dibujando en su transparencia un arco iris de recuerdos.

Su nombre me asaltó, de improvviso, como llegan esas presencias que nunca se fueron, con el sabor agridulce de los años. Una sonrisa floreció en mis pupilas y un suspiro se aferró a mis labios sin decidirse a vivir.

Mi gran amor. Ese que la vida me regaló demasiado tarde y la cobardía me robó demasiado temprano. Ese imposible. Por la moral, por la costumbre, por los miedos...

Temerario se coló en mis pensamientos. La mirada blanca de sus ojos negros. La caricia suave de sus manos rudas. Los momentos breves de sus eternas horas. Los silencios cálidos en sus palabras glaciales. Luego el adiós, la vida, la herida que se durmió en la ausencia, pero a veces, en noches como estas, despierta.

Otro ruido quebró mi ensueño. Esta vez parecía originarse en la sala. Avancé serena. El cuarto estaba vacío. El libro descansaba sobre el sillón y Luana sobre él. La ventana

encuadraba el paisaje del barrio detenido, y dejé sobre una antigua mesita rinconera, las violetas aromando el momento.

Retrocedieron en el tiempo las nostalgias y mi piel surcada de vivencias atrapó la pasión de la madurez, luego la lozanía de la juventud, por último la inocencia de la infancia.

En ese momento, con la mirada cándida de niña, lo volví a ver. Su contorno se delineaba difuso en un breve haz de luz que atravesaba las sombras. Me acerqué. Corrió la capucha de su campera gris y reconocí su rostro dulce de tiempo.

Mi padre extendía su mano mientras decía con voz calma -ya es hora- le alcancé mi mano de cría y entrelacé sus dedos.

Me despedí de Luana, de mi casa, de mis recuerdos.

Abandoné mi cuerpo de anciana, sentado junto al libro, con la plácida expresión de quien vivió a plenitud sus estaciones. Y en medio de la primavera dejé atrás mi invierno, para perderme en las callecitas floridas tras la ventana.